

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

RESUMEN

Espiritismo. — La Humanidad. — Clarividencia empleada en descubrir un asesinato.

Espiritismo

La igualdad humana solo existe en el principio y fin para que fué creado el hombre.

Para el bien, la verdad y la belleza, pero relativas, nunca, jamás absolutas.

Es un hecho incontrovertible la variabilidad humana, y por lo tanto, mal podia el Espiritismo no tropezar en los gravísimos escollos que, desde tan antiguo, lo vário de la humanidad levantó y levanta para impedir el desarrollo de toda idea de progreso.

Mal que nos afligirá, hasta que el hombre alcance el grado de conocimientos necesarios á que todos y cada uno de los humanos se comprendan.

Se comprendan, si, porque una vez comprendidos, esto es, una vez convencido el hombre de que es falible, y que en esa misma falibilidad suelen abrigarse torpezas, vicios y defectos, su voluntad comenzará á obrar, é irá separando de sí cada vez más todo aquello que conozca que existe en él, que le daña ó á otros ocasiona mal, dolores ó disgustos.

Entre las torpezas humanas existe

una tan generalizada, que pocos ó ninguno de los hombres, en más ó menos grado, deja de adolecer de ella: Amor propio.

Torpeza que, muchas veces y por erradas consideraciones, toma ó le dañ el nombre de dignidad, ó por mejor decir; torpeza que lleva al hombre hasta donde no iria jamás, sino equivocara lo digno con la vanidad pueril.

Equivocacion ó error del cual puede libertarse por medio del estudio de sí propio, hasta llegar á comprender de lo que es capaz, porque no le faltan medios para ello.

El amor propio hizo nacer dificultades entre los espiritistas, que no siempre fué dado al hombre resolverlas, y en esos casos los males fueron no solamente dolorosos sino tambien fatales.

Allan Kardec, el buen sentido encarnado, como de él dijo con gran acierto Camilo Flammarion; Allan Kardec, en las obras que dió á luz compilando y comentando las enseñanzas de los Espíritus, y previendo los males que originaria el amor propio entre los espiritistas, procuró, sinó hacerlos abortar antes de nacer, al ménos dar los medios de evitar fueran muy graves; y, entre lo mucho y bueno que trascibió, en el libro *El Génesis* se encuentra lo siguiente:

«También conviene que el hombre se penetre bien de esta idea: que si los áridos y penosos trabajos de los siglos pasados le han proporcionado la primer nocion de las cosas, y si la progresion del espíritu le ha llevado al vestibulo del saber, no hace aún más que deletrear la primer página del libro; le sucede lo que al niño, susceptible de engañarse á cada palabra, lejos de querer interpretar la obra, debe contentarse con estudiarla humildemente, letra á letra, palabra por palabra, línea á línea. Dichosos los que aún puedan hacerlo.»

Con efecto, la esperiencia, ese agente impulsador del progreso humano nos está diciendo: que es necesario, sumamente necesario no olvidemos que el hombre es relativo y no absoluto, perfectible y no perfecto; que una inmensa variedad existe en el individual progreso que los hombres hemos alcanzado; por lo que pretender interpretar magistralmente la Ciencia Espiritista, imponiendo ó tratando de imponer sea una ú otra rama de tan inmenso tronco (el Espiritismo) la que principal y particularmente todos debemos estudiar, es un grave mal, no solo porque apenas si estamos comenzando á deletrear en tan sublime como grandioso libro, sino porque se coarta el libre albedrio humano, y en el Espiritismo, en su estudio, es donde luce y debe siempre lucir lo genuino de la libertad de obrar, desde que espiritista no es ni puede serlo quien ó quienes se imponen, sinó aquellos que con sus obras dieran bueno, sano y progresista ejemplo.

Imperioso, ineludible deber es estudiarnos; y si nos estudiamos con esmero y conseguimos saber que somos poca cosa, si comprendemos hasta donde nos será posible estender nuestros trabajos de estudio y práctica Espiritista ¿será sensato, prudente y justo despreciar los avisos de la conciencia que nos dicen que ignoramos mucho aún, y engolfarnos en el piélago científico, sembrado, cual está, de infinitos escollos, sin otro piloto que nuestra crasa ignorancia, sin mas brújula que nuestra ciega obcecacion, sin otro faro que el amor propio, sin otro deseo, ni otra aspiracion, que el grave absurdo de pisar las playas del saber, sin que nos haya costado vigiliás en el estudio, trabajos en la esperiencia? Nó, nó y siempre nó.

¿Es justo, es espiritista, negar que somos poca cosa?

No debemos negarlo, porque para la construccion de un edificio tan necesarios son los peones, como los oficiales, y estos, como los directores ó ingenieros.

Tan necesarios son los unos como los otros. Sin el concurso de todos los brazos no hay edificio posible; y en su construccion — si sólido, si armónico, si bello fuere — todos y cada uno tienen igual derecho al galardón que sus obras merecieren.

Seamos de los mas humildes; consideremonos peones que á la construccion del edificio regenerador, al desarrollo del espiritismo hemos acudido, y desde nuestro humilde puesto no envidiemos á los que los ocupen superiores.

Ellos los alcanzaron como fruto de anteriores esfuerzos.

Esforcémonos nosotros, que la eternidad tenemos para llegar hasta donde ellos llegaron ya.

De no obrar así caeremos en el grave mal que otros cayeron, porque olvidaron lo inmenso de la variabilidad humana; porque se desconocieron á sí mismos; porque su agente impulsador fué la vanidad pueril: el amor propio disfrazado con el albo ropaje de la dignidad del hombre.

Huyamos de ese mal que gira incessantemente en el completo olvido de que el progreso humano no dá saltos jamás; por lo que, en un gran número de casos, la ignorancia de lo que somos y podemos, la ignorancia ó falta de conocimiento de que apenas si estamos comenzando á deletrear la primera página del Espiritismo, apenas si con verdad y con justicia podemos creernos espiritistas; la ignorancia de los males que podemos ocasionarnos ó atraer sobre los demás nos lleva, no solo á abordar problemas intrincados y de imposible solución con nuestra pequeñez; no solo á pretender ó á imponer á los demás nos sigan en tan lamentable error, sino también á dar valor á lo que nos digan sobre materias que nos son completamente desconocidas, que imposibilitados nos hallamos de comentarlas, para saber y juzgar si verdad ó engaño entrañan.

Además, es preciso que completamente nos desengañemos de que los espíritus no tienen la misión de hacernos sábios, como vulgarmente se dice, de golpe ó de porrazo; porque no solo sería un progreso ilusorio el que se produciría de ese

modo, si nó que, seres que finitos son de toda eternidad, no pueden destruir lo sábio, lo justo, lo benéfico è igual para todos los humanos y todas las humanidades: que el hombre progresa paso á paso, de propia voluntad, por el convencimiento y el trabajo propio, nunca, jamás, por favor ó gracia especial, ni por trabajo ajeno.

Al leer estas líneas, quizá no falte quien diga que, no solo caemos en el mismo mal que deploramos, sino también que obramos contra la propaganda del espiritismo; y por si no nos equivocamos, por si no nos comprendiere algún hermano, diremos:

Estos borriones tienen por base la verdad, el bien, lo justo. Son una proposición que hacemos con el objeto de que entre los espiritistas no exista más unidad que la de fondo, la unidad del fin deseado, por el estudio y la propaganda.

Porque á nadie puede ocultarse que, en Espiritismo como en todo lo que el hombre estudie y profese, no puede existir unidad de formas, desde que el progreso es ley ineludible, desde que la variabilidad humana es tan inmensa, desde que no es muy general que nos estudiemos hasta llegar á conocernos, y basados en ese conocimiento coadyuvemos al progreso y bien general de los humanos.

En fin: Nuestra idea la cimentamos en que, si del sér finito al Infinito Sér média la infinidad; infinitos son y deben ser los médios de que pueda y deba disponer el sér finito, para ir hácia el Infinito Sér, hácia Dios, su Padre Celestial.

Infinidad de medios que solo puede emplear con arreglo al progreso que ya alcanzó.

¡Feliz quien sabe emplearlos!

Empleo que debe ser libre, enteramente libre, porque el espiritista verdadero no puede ni debe hacer más que aconsejar diciendo :

«Predico segun sé, obro segun puedo; pero uniformes llevo siempre la prédica y las obras.»

J. de E.

La Humanidad

Al pobre vaso de barro humilde
La copa de oro dijo una vez :
— Menguada pieza de arcilla frágil,
Mira y envidia mi solidez.
— En los festines, aquel repuso,
Sólida siempre parecerás,
Mas en el fuego, soberbia hermana,
Cuál de nosotras resiste más ?
Un aturdido, para probarlas,
Dentro las llamas las colocó,
El vaso en ellas endurecióse,
Pero la copa se derritió.
Vasos de barro son los humildes
Que entre las llamas
Del infortunio cobran valor ;
Mas los soberbios puestos en ellas
Son copas de oro
Que se derriten con el dolor.

F. J. Sala.

I

¡Cuán cierto es lo que dice el poeta! Los humildes resisten todas las tormentas de la vida, y los soberbios quedan vencidos ante la primer ráfaga del huracan.

Hace mucho tiempo que conocimos á dos jóvenes que ocupaban

una brillantísima posicion social ; compañeras de colegio pasaron una parte de su infancia juntas, y cuando salieron de la pension siguieron tratándose con gran intimidad, cumpliéndose en ellas la ley de los contrastes.

Herminia era un tipo africano en toda su pureza, de tez bronceada, tersa y brillante, de ojos negros, rasgados, sombríos, de imperiosa y magnética mirada, talle esbelto, alta estatura, paso magestuoso, magníficos cabellos de un negro admirable y naturalmente ondeados, era una muger hermosa, distinguida, pero exesivamente orgullosa ; se creia superior á los demás por su cuna, por su riqueza, por su elegancia y por su belleza. Se le figuraba que todos los sacrificios que se hicieran por ella era cumplir un deber, así es que no conocia ese dulcísimo sentimiento denominado gratitud. En cambio su amiga Paulina era un alma todo ternura y abnegacion, humilde, cariñosa, sencilla en sus gustos, modestísima en sus aspiraciones; todos sus deseos los cifraba en que la quisieran mucho todos los suyos, buscando en su familia el puro y tierno amor que necesitaba su alma.

Quedó huérfana de madre antes de poder llamarla; su padre se casó segunda vez con una jóven del pueblo, que fué para Paulina una madre amorosa, y á quien la niña quiso con delirio, como á sus hermanos que vinieron despues á pedirle cariño: entre estos habia uno contrahecho de cuerpo y de alma, pues era jorobado é idiota, y Paulina fué para él una madre cariñosísima y com-

placiente hasta tal punto, que el pobre niño estaba tan contento á su lado que su inteligencia se despertaba.

Herminia queria á Paulina, porque era imposible tratarla sin quererla, y porque ninguna de sus amigas se doblegaba á sus caprichos tan pacientemente como ella.

Muchas veces iban juntas á paseo, y una tarde que Paulina salió con Herminia, encontraron á Ivo, el pobre jorobado, que tendria unos nueve años; iba con un criado y al ver á su hermana corrió á su encuentro diciéndole:

—Qué contento estoy de verte; mira, dile á este que se vaya, que yo me voy contigo, y se cogió del vestido de la jóven escondiendo su hermosa cabeza entre los grandes pliegues de la ondulante falda de Paulina.

—Pobrecito, dijo esta; bueno, quédate conmigo.

Herminia la riñó diciéndole: —A qué te quedas con ese fastidioso?

—Déjalo, inocente; ¿qué daño nos hace? y además, basta que yo vea que, cuando está á mi lado, se pone mas contento, y hasta parece que razona mejor, para que tenga empeño en retenerlo conmigo. A veces me acusa la conciencia que por venir á pasear contigo no me consagro á él como debiera.

—Como nada has de conseguir, tonto nació, y tonto morirá.

—Pues, eso es lo que yo siento, la desgracia que tiene encima.

—No seas simple, él no tiene ninguna, los que sufren sus imperfecciones é impertinencias sí que están divertidos.

Ivo cogido de la mano de Paulina, aunque inocente, comprendió que hablaban de él, y le dijo á su hermana:

—Mira, no quieras á esa que es mala, sí que es mala.

Las jóvenes se echaron á reir; pero el paseo fué más corto que de costumbre, porque á Herminia le daba vergüenza de ir con el pobre niño jorobado. Paulina lo comprendió así, y al quedar en su casa no pudo ménos que contar á su madre lo que habia pasado con el niño y su amiga. Aquella le dijo entonces con tono sentencioso:

—Siempre me ha parecido esa muchacha una cabeza sin seso, y te dejo ir con ella con disgusto. Estoy segura que no te contagiarás con su mal ejemplo, pero créeme, el mejor de los dados es no jugarlo; mientras ménos te reunas con esa vanidosa, más adelante harás.

Paulina comprendió que su madre tenia razon, y sintiéndose herida por el desprecio con que habia mirado á su hermanito, al que tanto ella queria, á contar desde aquel día las dos jóvenes dejaron de tratarse íntimamente, mucho más á causa de que Ivo algun tiempo despues cayó gravemente enfermo, y Paulina no se apartó de él un solo momento. El niño no queria á nadie mas que á ella por lo que la jóven durante tres meses no salió de la habitacion del hermano. En ese intervalo Herminia se casó con un gran capitalista; al ménos así lo parecia.

Herminia fué á ver á su amiga acompañada de su marido que era hombre de edad mediana, de aspec-

to grave, casi adusto. Herminia con el pretexto de acariciar á Ivo, habló un rato á solas con Paulina, la que le dijo con cierta curiosidad dolorosa:

—Dime, quieres á tu marido? á mi me dá miedo verle tan sério.

—Te diré, quererle.....quererle precisamente no; bien sabes que á tí siempre digo la verdad; contigo no soy orgullosa y te diré lo que pasa.

Mi padre, á pesar de todos sus esfuerzos, está poco ménos que arruinado; la posicion social es preciso, es indispensable sostenerla á toda costa, así es que le dije á Perez, mi amor de niña, que mi buen nombre no podia dejarle expuesto á ser víctima de la inminente bancarrota de mi padre, y ¿qué quieres? es preciso ser fuerte en los lances de la vida, y así me encuentro dotada con tres millones.

—Tú te crees fuerte, replicó Paulina con triste admiracion.

¡Ay! pero yo te creo muy débil, puesto que te has dejado dominar por las exigencias de ese mundo que en realidad no tienen otras de aquellas que le queremos dar.

Mira, yo, van transcurridos tres meses que no sé lo que es salir de casa, aunque han venido á invitarme para varias reuniones y saraos, diciéndome que sin mi asistencia no se podrian celebrar, y sin embargo, aunque no he asistido se han celebrado. Te parece á tí que la buena sociedad no se hubiera pasado sin tí, y tú casada con Perez no hubieras sido más feliz? Yo te digo que sí, y te aseguro que por ocultar al mundo mi pobreza, no me casaria contra mi voluntad.

—Te dejarias vencer, replicó Herminia con impaciencia, por que tú no eres como las demás, con tu humildad, con tu sencillez enterarias á los estraños de cuanto te ocurriera. Capaz serias de ponerte á trabajar para vivir.

—Ya lo creo que lo seria; y crees tú que eso es debilidad? Eso es fortaleza, eso es dominar las circunstancias, y no dejar que ellas nos dominen, como te has dejado tú. Si te miro y no lo creo! ¡Pobre Perez! tanto como te queria!

—Si, ¡mucho! mira como no se ha muerto.

—Vamos, vamos, tú estás loca. Herminia se sonrió con fatuidad, abrazó á Paulina y se marchó con su esposo.

II

Paulina, ménos dichosa que su amiga no habia logrado inspirar una pasion. No era notable por su belleza, y al lado de Herminia, que deslumbraba con su hermosura, habia quedado eclipsada su modestia y sencillez, y no siendo coqueta no era fácil que tuviera admiradores. Era, si, muy bien recibida en la sociedad por el buen nombre de su padre; tenia fama de buena, más de una señora anciana decia que era un ángel; pero aquel ángel era demasiado puro para que le comprendiera el mundo. Más si nadie la habia amado, ella amaba, sin darse cuenta de ello, á Perez, el que estaba loco por Herminia, y que al verse despreciado, deseando hablar con alguien de su ingrata amada, fué á ver á Paulina.

Esta y su madre trataron de con-

solarle, pero él estaba desesperado, le aconsejaron que viajara, y Perez se marchó, escribiendo de vez en cuando á Paulina que principió entonces á conocer que le amaba, turbándose su espiritual amor, por la repentina muerte de su padre y la pérdida total de su fortuna; pues dos hermanos suyos acometieron empresas de un éxito dudoso, y en ménos de dos años quedó reducida aquella familia á la mayor miseria. Entonces Paulina cumplió el pronóstico de Herminia, trabajó para vivir, y fué mas fuerte que su madre, que perdió la razon con tantos disgustos, pero con una locura inofensiva, parecida mas bien al idiotismo; de consiguiente la pobre Paulina, sola con Ivo y la madre, pues los hermanos marcharon á los Estados-Unidos á probar fortuna, tenia que trabajar para el mantenimiento de los tres.

Entretanto Herminia despues de viajar con la esplendidez de una reina, de la noche á la mañana se encontró abandonada por su marido y acosada por los acreedores. Entonces se vió que el padre y el marido de Herminia se habian engañado mutuamente á fin de evitar su total ruina, la que precipitaron con los dispendios y necias vanidades de aquellos pobres séres tan soberbios y tan pequeños á la vez.

Al verse sola Herminia siguió la pendiente que siguen todas las mujeres que como ella se creen fuertes; descendiendo de debilidad en debilidad, y fué una dama entretenida que ostentó un lujo asiático poniéndose de moda en el mundo galante. Perez no la perdía de vista,

y sufría porque aún la amaba.

De tarde en tarde solia ir á ver á Paulina, á la que admiraba como una santa, y juntos deploraban los estravios de Herminia, la que no se volvió á acordar de su amiga desde que supo que estaba pobre, y que trabajaba para vivir; diciendo en tono de mofa: ¡Pobre muchacha! El que nace para ochavo nunca llega á cuarto.

Tambien hay que decir que, quien comparó la fortuna con la veleta, muy bien supo lo que dijo, y á Herminia con todo su lujo y su belleza, con su empeño en vivir en grande, le llegó la hora de vivir en pequeño, y por mil peripecias desagradables que no es del caso referirlas, uno de sus adoradores tomó venganza de las veleidades de ella, acribillando su hermoso rostro con pequeñas heridas, arrojando sobre estas una botella de tinta, con lo cual quedó desfigurada por completo, pero de un modo horrible.

Cuando Paulina supo tan terrible historia corrió á verla y tuvo que dominarse para no dar un grito de espanto.

Las dos amigas lloraron amargamente, en particular Herminia que contemplaba con envidia el pálido rostro de Paulina, diciéndola al fin:

—¿Te acuerdas de la conversacion que tuvimos dos dias despues de mi casamiento?

—Déjate de recuerdos, dijo Paulina.

—¡Ay! porqué no seguí tus consejos?..... ahora me convenzo que los humildes son los fuertes de la tierra. Tú estas lo mismo que antes, nada ha cambiado en tí, si mañana

volvieras á la opulencia serias la misma mujer simpática y distinguida. Pero yo..... yo he sido débil, y de hoy para siempre tendré que huir del mundo avergonzada de mi deformidad; pero comprendo que Dios es justo; ahora recuerdo que nuestro primer disgusto data de una tarde que tu hermano se reunió á nosotros y entonces..... à mi me daba vergüenza de ir con un niño jorobado; me repugnaba su deformidad, y hoy..... Paulina la suplicó que callara, prestándote cuantos consuelos puede prestar un gran corazón.

La siguió visitando y secundó los planes de Herminia, que deseaba entrar en las arrepentidas huyendo de que la vieran. Perez y Paulina hicieron por ella cuanto les fué dable, y entró Herminia en el santo asilo muy recomendada para que se le guardaran toda clase de consideraciones.

Paulina, que á pesar de ser tan buena parecia estaba destinada á padecer; vió morir en sus brazos á su hermano Ivo, el pobre idiota que en medio de su inocencia habia sabido quererla con toda su alma.

Perez la acompañó durante la agonía de Ivo, y cuando Paulina le vió espirar exclamó con un arranque de suprema desesperacion :

— ¡Dios mio! por qué me arrebatas el único sér que me queria en el mundo?

— Porque yo estoy aquí para reemplazarle, contestó Perez, porque yo os amaré tanto como él os amaba.

Paulina nada le contestó, porque

hay momentos en la vida que son inútiles las palabras.

Un mes despues la hermana de Ivo se casó con Perez, y mas de una vez nos ha dicho, con su encantadora ingenuidad: Me dá vergüenza de ser tan dichosa, no creo merecer tanta felicidad. ¿Qué he hecho yo en el mundo? nada de particular.

No se crea por esto que la jóven nadaba en la abundancia, porque aún despues de casada, siguió trabajando para satisfacer los innumerables caprichos de su pobre madre, que convertida en una niña era exigente en demasia; y Perez, que es profesor de matemáticas, tiene tambien que mantener á una hermana soltera, Pero, que importa el trabajar cuando dice el alma, con intima conviccion: ¡Soy amada!

¿No es verdad que es muy distinto el final de la vida de Herminia y de Paulina?

La primera, orgullosa, soberbia, fué la copa de oro que se derritió entre las llamas del infortunio, y Paulina, *el pobre vaso de barro humilde* que se fortaleció en medio de la desgracia. La primera, débil, frágil, con el engaño por base, justo era que fuera engañada y olvidada de aquél que no la amó; y la segunda, cumpliendo fielmente con todos sus deberes, siendo el ángel tutelar de un pobre espíritu condenado á sufrir, encontró un sér amigo que admirára sus virtudes, y le diera su nombre y su amor.

La primera, orgullosa de su belleza, que no queria cerca de sí á un pobre niño por que era contrahecho, perdió su espléndida hermosura, que fué reemplazada por la más re-

pugnante fealdad, y en una casa de correccion acabó su triste vida, olvidada de todos, y envidiando, aunque tarde, la felicidad de Paulina que embellecida por el amor, y rejuvenecida por la maternidad, vivia dichosa retirada por completo del gran mundo.

A su primer hijo le puso el nombre de su hermano Ivo y aquella angelical criatura sin conocer el espiritismo parece que lo presentia, pues me dijo muchas veces: «Si las almas pudieran volver á aquí, yo creo que mi hijo tiene el alma de mi hermano; hasta en la cara se le parece. ¡Pobrecito! si viviera cómo jugaría con mi niño!

¡Quien sabe si Paulina decía la verdad! ¡Quien sabe si el espíritu de Ivo volvió á la tierra, para devolver con creces el amor y la abnegacion que con él tuvo su hermana, y la eligió por madre para hacerle comprender las inefables dulzuras del amor maternal!

Lo cierto es, que aquella mujer sencilla y humilde recibió el premio de su virtud, así como Herminia el justo castigo de sus vicios y extravíos.

Los orgullosos y soberbios, son débiles cañas que destroza el huracan, y los pequeñitos, los humildes son los cedros seculares que resisten hasta el embate de los siglos.

Bien dijo Victor Hugo:

« ¡Ser bueno, es vivir! »

Gracia.

Amalia Domingo y Soler.

Claravidencia empleada en descubrir un asesinato

(Continuacion)

El Dr. Hunt dijo tambien que amigos muy poderosos usarian toda su influencia para salvarle; que la persona que debia juzgarle se veria asediada por empeños, y que si quedaba el menor boquete, por él lo harian evadir, pues los prosecutors públicos á cada paso encontrarian obstáculos que les impedirian cumplieren con su deber, de modo que si era sentenciado seria un milagro. Esto resultó ser cierto, pues en la primera vista fué absuelto.

El señor Hayes continua: « Repito, que tanto el juez Harrisson, el fiscal, como yo, siendo los tres escépticos en estos asuntos, y poco dispuestos á confiar en las declaraciones de videntes ó médiums espiritistas, con todo, no han podido menos de llamar nuestra atencion las pruebas extraordinarias y la exactitud del vidente, en el presente caso, del cual no teniamos el menor dato, asi como de Hayden y su esposa.

Hasta los abogados de la defensa, los señores Samuel Jones y L. M. Hubbad, que al principio se burlaban de los informes dados por el vidente, han tenido que reconocer lo maravilloso de las revelaciones. Es claro que ninguno de nosotros ha tratado de hallar la razon de su ser.

En una entrevista tenida despues con el Dr Hunt, por el que esto escribe, el señor Hayes y varios caballeros, hicieron al vidente algunas preguntas, obteniendo las respuestas siguientes:

« — ¿El señor Stannard os hizo algunas preguntas? »

« — No creo que me haya interrumpido hasta que le hube hecho la relacion de lo que habia visto. Hay veces que creo hallarme bajo la influencia de otra persona; pero en este caso me ha parecido que eramos distintos y enteramente separados. »

» — ¿Habeis estado alguna vez en el lugar del suceso? »

« — Nunca, que yo sepa al menos. »

Durante una pausa notamos que el vidente experimentaba un cambio extraño. Estaba sentado en un sofá, apoyada la cabeza en sus dos manos en posicion meditabunda: al principio notamos ciertos movimientos nerviosos en sus manos y dedos, que luego se comunicaron á su pecho, y al mismo tiempo la respiracion entrecortada, como acontece con una pesadilla.

Ninguno de los presentes desplegó los lábios, pues, todos comprendimos que el vidente se hallaba bajo una de sus influencias espirituales. Un minuto habria transcurrido, cuando con voz clara y como midiendo las palabras, dijo, sin que le interrumpiésemos, anotando taquígráficamente lo que sus lábios pronunciaban:

« Ví que me conducian á un lugar en el campo. Ví bosques, un camino, campos en que verdeaban las patatas y el trigo. Ví un arroyo y una gran roca, y á este hombre. ¡Oh! este hombre. » (Las manos del médium se agitaban convulsas sobre su rostro, como queriendo apartar una horrible vision.)

« Al principio estaba solo y algo

distante del sitio, se fué acercando, entónces erán dos; uno de ellos, una mujer; se sentaron; la conversacion era sosegada; la mujer se fué animando; el hombre se puso colérico; tomó una piedra; la ví; era afilada. » (Las manos del vidente volvieron á temblar al cubrirse con ellas los ojos.)

La hirió con ella derribándola, hubo una lucha, no muy fuerte; el hecho fué rápido, muy rápido: la arrojó lejos de sí, pero habia sangre, sangre en la piedra; ví la mujer tendida en el suelo, inmóvil; le cortó la garganta con un instrumento afilado; el hombre tomó el camino de rodeo; tenia un sombrero de alas anchas; creo que era de paja; una camisa de cuadros y traje oscuro; se acercó al arroyo en donde se lavó las manos; tenia una navaja, parecia un cortaplumas, que lavó tambien; luego le ví emprender su camino. Extraño es que este suceso tuviese lugar en este sitio. Parece que entre el hombre y la mujer habia motivos de resentimiento. ¿Quién era el hombre? Es claro que lo ignoro, asi como ignoro quien era la mujer, pero entre ellos habia existido cierta intimidad. De esa intimidad resultaron dificultades que el hombre parecia determinado á hacer desaparecer, esto es, impedir que el público tuviera conocimiento de ellas. »

(Todo esto fué dicho con cierta cautela, y como si le fuera penoso pronunciar esas palabras.)

El que esto escribe preguntó al clarovidente: «Teneis idea de donde procede esta comunicacion? »

« Seguramente, fué la respuesta, y si me dijese que el viernes seria

ahorcado, no perdería un momento en prepararme. No creo que haya nunca habido un hombre mas increíble de lo que yo he sido con respecto á la teoría espiritista, y durante quince años he investigado el asunto; y hoy en dia considero á los Espíritus como á vosotros mismos. Lo único es, que ahora salen de sus casas en las que habian permanecido, y todo lo que me conviene saber, es si el Espíritu que se comunica es sincero.

— « Confiais en uno de entre ellos? »

— « Si, en uno solo, pues es un verdadero caballero. Era un habitante de New Haven, un médico, y segun me han informado era un excelente médico. Nunca le ví en vida y con todo en él confio; en las curas que hago, sus diagnosis, son los más exactos que pueda darse. »

— « ¿Teneis algun reparo en darnos su nombre? »

— « Ninguno, es el Dr. Brewer: murió hace muchos años en Middletson, segun creo. »

Segun se desprende de las insinuaciones del Dr. Hunt, habia más de uno mezclado en el asunto, pues dijo: « Existe una poderosa influencia que trata de proteger á los participantes ó participante en el crimen, y velar las enseñanzas morales que se desprenderian de este atentado. »

Despues de aquella entrevista, pruebas positivas, han venido á evidenciarse por medio del arsénico hallado en el estómago de la jóven asesinada, y que vino á averiguarse haber sido comprado en Middletson, por Hayden, la mañana prece-

dente á la del asesinato. El Doctor White mediante un exámen microscópico, halló glóbulos de sangre tanto en la piedra, como en el sombrero y navaja, y que correspondian exactamente.

En estas pruebas y otras aducidas, el gran Jury fundó su dictámen de acusacion contra Hayden. Otra persona acusada de haber tenido participacion en el crimen, ha sido arrestada y conducida á la cárcel.

Habiendo escrito al señor Hayes, preguntándole si los hechos publicados en el « New York Herald », los admitia como verdaderos, nos ha contestado con la carta siguiente:

« Señor Editor: ni soy Espiritista ni creo en el Espiritismo, soy un Católico Romano. Lo relatado por el « Herald », es cierto, y siempre que se crea conveniente estoy dispuesto á prestar juramento acerca de lo espuesto en el citado artículo. No puedo volver de mi asombro sobre las revelaciones hechas por el Dr. Hunt y el reporter del « Herald » estaba mudo como una estatua, al presenciar lo que tuvo lugar estando el Dr. Hunt en su estado de claroyidente.

Puede Vd. dar todo crédito al artículo de « El Herald ».

Diego J. Hayes.

(Diario Religioso-Filosófico).

Ese artículo es una prueba más de la vigilancia que la Providencia ejerce sobre todos nuestros actos; verdad que debiéramos tener siempre presente á fin de que sirviera de benéfico freno al desborde de nuestras pasiones.

El criminal, el quebrantador de las leyes divinas, debe persuadirse

de que, por mucho que se oculte para infringirlas, aun cuando para ello se esconda debajo de la tierra, siempre, siempre hay ojos que su falta ven, y estos testigos, aunque invisibles, pueden poner de manifiesto sus culpas, á fin de que la justicia humana se lleve á efecto.

Pero aún suponiendo que esta se tuerza, como sucedió en el caso de Hayden, que fué absuelto por el primer Jury. ¿Creen por ventura esos infelices que, con haber burlado la justicia humana, queda el crimen impune?

No deben hacerse esa ilusion, pues más pronto ó más tarde, un hecho que se suele llamar casual, viene á poner de manifiesto el crimen y á su autor para que la humana ley tenga su efecto.

Más, supongamos aun que este hecho no se produzca, que la llamada vindicta pública no sea satisfecha, ¿queda por ventura el crimen sin castigo?

Las religiones positivas nos dicen que el criminal, al dejar este mundo va á purgar sus errores en un paraje que denominan *infierno*, cuya descripción fantástica adornan con llamas que eternamente quemán sin consumir. Esto, para nosotros, no pasa de una figura, cuyo significado se quiere materializar, sin tener en cuenta que, yendo acompañado del absurdo, éste ha de venir al fin á dar con él en tierra.

Que el crimen, segun su grado, tiene el correspondiente castigo, no cabe la menor duda: que el criminal, al abandonar este globo, tiene irremisiblemente que pagar la deuda que voluntariamente contrajo, y que

esta solo se satisface por medio del sufrimiento moral, es creencia generalmente admitida; pero que ese sufrimiento sea eterno, como pretenden hacernoslo creer los que se titulan ministros del Señor, es lo que no podemos admitir, pues nuestra razon lo rechaza por ilógico é irracional.

El cuadro fantasmagórico que se presenta como un freno para el mal que por lo ridículo y absurdo viene á producir el efecto contrario, dando esperanzas de impunidad.

¿Qué extraño es que algunos, que no quieren tomarse el trabajo de reflexionar, se hagan incrédulos ó materialistas, si los que se abrogan el derecho de dirigir las conciencias, se esfuerzan en sembrar errores que ellos no creen, amparándose en la hipocresia y el engaño?

Que cada crimen tiene su correspondiente castigo, se halla bien comprobado por las descripciones medianímicas que se reciben de continuo, en las que los Espíritus describen sus horribles padecimientos, que muchos reconocen son muy justos.

Algunos hay que no abrigán la esperanza de que su estado infeliz tenga término; otros entreven la esperanza de un término lejano, y otros adquirieron la seguridad de que mediante un arrepentimiento sincero y sus esfuerzos empleados en corregirse, llegarán á alcanzar la felicidad, única vía que hácia Dios conduce.

Lejos de nuestras mentes las penas eternas; pero sí el íntimo convencimiento de la rehabilitacion tras la completa expiacion de nuestras faltas.—*J. Henry de Llano.*